

## SEGUNDA PARTE

### I

#### LA VILLA DE ILE-ADAM

Un mes había pasado desde los sucesos referidos. Llevaremos ahora al lector á la villa de Ile-Adam, situada junto á un bosque en un lugar delicioso á orillas del río Oise.

El hecho más indiferente suele adquirir importancia en los pueblos de provincia; y así es que en la mañana de aquel día los ociosos de Ile-Adam apenas hablaban de otra cosa en la plaza pública que de la llegada del nuevo comprador de la mejor carnicería de la villa, situada en la plaza de la iglesia.

El más curioso de aquéllos se acercó al mozo de la carnicería, que alegre y alborozado daba á toda prisa la última mano á los preparativos de la tienda; mas el joven sólo respondió á las preguntas indagadoras del curioso, diciendo que no conocía al nuevo propietario, y que sólo sabía que había comprado la finca por segunda mano.

Dos hombres que venían de París se apearon de un coche á la puerta de la tienda algunos momentos después de este interrogatorio.

Uno de ellos era Murph, sano ya de su herida, y el otro el Churiador.

Á riesgo de parecer vulgares, diremos que es tal el prestigio del hábito, que el parroquiano de las tabernas de la Cité estaba casi desconocido con el vestido que llevaba. Su fisonomía había experimentado la misma transformación, pues había depuesto con los andrajos su aire brutal y turbulento. Al verlo pasar con las manos metidas en los bolsillos de su larga levita color de avellana, cualquiera le hubiera tenido por el señor de aldea menos ofensivo.

— ¡ Qué frío y que largo se nos hizo el camino! ¿ no es verdad, querido mío?

— Apenas lo he notado, señor Murph... Estoy tan contento que... y con la alegría... ¡ Cómo calienta esto!... Pero aunque digo contento... ¡ caramba!... no las tengo todas conmigo.

— ¿ Qué queréis decir?

— Ayer fuisteis á buscarme al muelle de San Nicolás, en donde estaba descargando leña con dientes y uñas para entrar en calor. No os había visto desde la noche aquella... cuando el negro de pelo blanco cegó al Maestro de Escuela. Es verdad que fué la primera vez que no pudo robar el bandido; pero en fin... aquello de los ojos me revolvió el sentido... ¡ Y qué gesto ponía el señor Rodolfo!... daba miedo mirarlo... y parecía de tan buena pasta...

— Bueno... bueno... seguid vuestro cuento.

— Y me dijisteis: Buenos días, Churiador. — Y yo respondí: Buenos días, señor Murph... ¡ Hola, como madrugáis! tanto mejor... así andaréis sano. ¿ Y el señor Rodolfo? — Y me repusisteis: Tuvo que salir algunos días después del negocio de la calle de las Viudas y te dejó olvidado, amigo mío. — ¿ Cómo ha de ser? dije yo; si el señor Rodolfo me ha olvidado ¿ qué le haremos? bastante lo siento.

— Quise decir que se había olvidado de recompensar vuestros servicios... pero vivid seguro de que jamás os olvidará.

— Esas palabras, señor Murph, me volvieron la sangre al cuerpo en un Jesús... Tampoco yo le olvidaré, no... ¡ Rayo! Me dijo una vez que tenía corazón y honor... pero no importa, hablemos de otra cosa.

— Sucede por desdicha, amigo mío, que monseñor se marchó sin dejar orden alguna con respecto á vos; y como yo no poseo más que lo que él me da, no puedo mostraros como quisiera mi agradecimiento.

— ¿ Os chanceáis, señor Murph? ¡ Qué diantres estáis hablando!

— ¿ Por qué diablos no volvisteis á la calle de las Viudas después de aquella noche fatal?... Monseñor no hubiera partido sin acordarse de vos...

— El señor Rodolfo no me mandó aviso, y creí que no sería ya necesario.

— Pero debais pensar á lo menos que había necesidad de manifestaros algún agradecimiento...

— ¿ No me habéis dicho ya que el señor Rodolfo no se ha olvidado de mí?

— Es cierto; vamos á otra cosa... ¡ Qué trabajo me costó encontraros! ¿ No vais ya á la taberna de la Pelona?

— No.

— ¿ Por qué?

— Idea que se me puso en la cabeza...

— Vaya con vuestras ideas... Pero volvamos á lo que me estabais diciendo...

— ¿ Qué era lo que decía, señor Murph?

— Me decíais que os alegrabais de haberme encontrado; que os alegrabais mucho.

— ¡ Ah, ya caigo! Al volver ayer de mi trajín del muelle, me dijisteis: — « Querido mío, no soy rico, pero puedo darte una ocupación en que te pasees menos mal que en el muelle, y en la cual ganarás cuatro francos diarios. » —



¡ Cuatro francos diarios! ¡ Viva la libertad!... apenas creía lo que me pasaba... ¡ paga de ayudante!! Y entonces os respondí : « Que me place, señor Murph. » — Y me replicasteis : « Pero no has de andar así hecho un andrajo, porque espantarías á la gente del pueblo á donde voy á llevarte. » — Y yo dije á esto : « No tengo con que vestirme mejor. » Y me volvisteis á replicar : « Vente conmigo al Templo. » Os sigo, escojo lo mejor que encuentro en la tienda de la tía Urraca, me dais con qué pagar, y en un cuarto de hora me encuentro vestido como un propietario. Me citáis para el alba del día siguiente en la puerta de San Dionisio, en donde os hallo con vuestro coche, echamos á andar, y hétenos aquí.

— ¿ Y qué mal encontráis en todo eso ?

— El mal está, señor Murph, en que en viéndose uno bien vestido... ¿ me explico?... se echa uno á perder... y cuando vuelva á ponerme mi sayo y mis remiendos me parecerá... Y luego ganar de pronto cuatro francos diarios, cuando no ganaba más que dos... Vaya, esto me parece demasiado bueno para que pueda durar. Más quisiera dormir toda la vida en mi mal jergón de paja, que cuatro noches en una buena cama... Es así mi genio.

— Tenéis razón... pero mejor sería dormir siempre en buena cama.

— Es claro : más vale que haya pan para reventar la tripa que morir de hambre. — ¡ Ah! si es una carnicería, ésta que está aquí! — dijo el Churiador escuchando los tajos que daba el mozo y mirando por las cortinas los cuartos de buey y ternera colgados en la parte interior.

— Sí, pertenece á un amigo mío... ¿ Queréis verla mientras descansa el caballo ?

— De buena gana ; me recuerda mis primeros años ; con la diferencia de que mi carnicería era Montfaucon y mi ganado rocines viejos. Si hubiese tenido posibles, es un oficio que hubiera seguido de tan buena gana como el de carnicero... Aquello de irse uno por las ferias montado en una buena jaca, volver uno á su casa, calentarse al fuego si trae frío, secarse si viene mojado, hallar á la costilla, que es una mocetona fresca y rolliza, rodeada de una conejera de chiquillos que le meten á uno las manos en los bolsillos para ver si les trae alguna cosa... Y luego por la mañana irse uno al matadero, coger á un buey por los cuernos, sobre todo si es bravo... ¡ cáspita! ¡ muy fiero habría de ser para que no lo sujetara!... atarlo á la argolla... ¡ darle entre los cuernos, desanjarlo, desollarlo, descuartizarlo... ¡ Caramba! esta sería toda mi ambición, como la de la Cantaora el comerse los buñuelos cuando era pequeña... Pero ya que hablamos de esa pobre chica, señor Murph, como no la veo en casa de la tía Pelona, pienso que el señor Rodolfo la ha sacado de aquel tugurio. Era tan joven, que á fuerza de acostumbrarse... y con el tiempo... En fin, el señor Rodolfo ha hecho bien.

— Soy de vuestra opinión. ¿ Queréis que veamos este despacho mientras descansa el caballo ?

El Churiador y Murph entraron en la carnicería, visitaron en seguida el



El Churiador y Murph entraron en la carnicería...

establo, en donde había tres hermosos bueyes y unos veinte carneros, y vieron el tinglado, el matadero, los graneros y todas las dependencias de la casa, distribuidas con el mayor orden y aseo.



— Luego que hubieron visto todo excepto el piso alto, dijo Murph á su compañero.

— ¿No os parece que mi amigo es un hombre muy feliz? Esta casa y sus dependencias le pertenecen, sin contar unos mil escudos que trae empleados en su comercio; no tiene más que treinta y ocho años, es fuerte y robusto como un toro, y le gusta el oficio. Ese mozo que habéis visto es muy honrado y entendido en el oficio, y sustituye á mi amigo cuando éste sale á comprar ganado... Decid ¿no os parece un hombre muy dichoso este amigo mío?

— Por cierto, señor Murph; ¿pero qué queréis? por fuerza ha de haber en el mundo dichosos y desdichados. Cuando pienso en que gano cuatro francos diarios... y que otros no ganan más que dos, y aun menos...

— ¿Queréis que subamos á ver el resto de la casa?

— Con mucho gusto, señor Murph.

— Justamente se halla arriba la persona que ha de emplearos.

— ¡Que ha de emplearme!

— Sí.

— ¡Cómo! ¿y por qué no me lo habéis dicho antes?

— Ya os lo explicaré.

— Esperad un momento — dijo el Churiador triste y embarazado deteniendo á Murph por el brazo; — voy á deciros una cosa que acaso no os ha dicho el señor Rodolfo, pero que yo no debo ocultar al amo del establecimiento en que voy á trabajar... porque si no le gusta... vale más que sea ahora que después.

— ¿Qué queréis decir?

— Yo quería decir que...

— Explicaos.

— Qué soy un presidiario cumplido... que he estado en presidio... — dijo al fin el Churiador con voz ronca y sofocada.

— ¡Ah! exclamó Murph.

— Pero jamás he hecho daño á nadie — dijo con firmeza el Churiador — y antes moriría de hambre que ser ladrón... Pero he hecho más que robar — añadió bajando la cabeza — he matado... porque tenía cólera... En fin, aun hay más que decir — continuó después de un momento de silencio; — quiero que todo lo sepa el amo, porque es mejor que sea ahora que más tarde. Ya que le conocéis, decidme que estómago le hará esta declaración, y si creéis que no ha de admitirme, desandaré el camino sin presentarme...

— Subamos — dijo Murph.

— Siguióle el Churiador, subieron la escalera, se abrió una puerta y se encontraron ambos en presencia de Rodolfo.

— Déjanos, Murph... — dijo Rodolfo.

## II

## LA RECOMPENSA

— ¡Viva la patria! ¡Caramba, qué gusto me da veros, señor Rodolfo, ó monseñor Rodolfo!... — exclamó el Churiador.

— Buenos días, querido mío; también yo me alegro de veros.

— ¿Qué picarón de señor Murph! y me dijo que habíais tomado soleta... Vaya, vaya, monseñor, que...

— Llamadme señor Rodolfo, que me gusta más.

— Sea señor Rodolfo. Pues ahora quiero pedir os perdón por no haberos visto después de la noche del Maestro de Escuela... Ahora conozco que fué una mala crianza; pero, en fin, no estáis enfadado ¿verdad?

— Os lo perdono — dijo riéndose Rodolfo. Y luego añadió: — ¿Habéis visto bien esta casa?

— Sí, señor Rodolfo... hermoso despacho... gran mostrador; todo está pintiparado... Y á todo esto, señor Rodolfo ¿es aquí en donde voy á ganar los cuatro francos diarios de que me habló el señor Murph?

— Tengo otra cosa mejor que proponeros; porque esta casa con su despacho y todo lo que contiene, y mil escudos que hay en esa cartera, os pertenecen desde este momento.

El Churiador sonrió con un aire estúpido, estrujó convulsivamente el sombrero entre las rodillas, y no comprendió las palabras de Rodolfo á pesar de la claridad con que habian sido dichas.

— Concibo vuestra sorpresa — añadió Rodolfo con benignidad; pero os repito que esta casa y este dinero son de vuestra propiedad.

Al oír esto el Churiador se puso encarnado como una grana, pasó la mano callosa por la frente cubierta de sudor y dijo con voz alterada:

— Con que es decir que todo esto... me... es mío...

— Sí, vuestro... todo os lo doy ¿entendéis? os lo regalo todo.

El Churiador hizo varios movimientos en la silla, se rascó la cabeza, tosió, bajó los ojos y no respondió una sola palabra. Se le escapaba el hilo de las ideas: entendía perfectamente lo que Rodolfo le decía, y por lo mismo no podía dar crédito á sus oídos. Entre la miseria profunda y la degradación en que había vivido, y la fortuna que le aseguraba Rodolfo había un abismo que no llenaban los servicios que había prestado á éste.

— Os parece lo que os doy mucho más de lo que esperabais ¿no es verdad?

— le dijo Rodolfo.